



MES DE ABRIL

SUMARIO

Nuestro *Deber* es lo primero que se trata al empezar este mes y a esto amolda, durante la primera semana, el Guardia de Honor todos sus esfuerzos.

El espíritu de Fe le revela el curso de la segunda semana, el deber fiel y cristianamente cumplido.

Durante la tercera semana estudia la ley del *Trabajo*, su belleza, sus frutos sobrenaturales.

En la cuarta semana se reviste de *Generosidad* para cumplir todas las obligaciones que ha encomendado la divina Providencia.

RETIRO DEL MES:
EL ABANDONO EN LA PROVIDENCIA



ABRIL

PRIMERA SEMANA
BAJO LA PROTECCIÓN
DE
SAN FRANCISCO DE PAULA

(Fiesta el 2 de abril)

Nuestros deberes

EL deber es la tarea que Dios ha trazado desde toda la eternidad y ha asignado en el tiempo a cada uno de sus criaturas.

De la fidelidad de éstas en su cumplimiento resultan por una parte la divina gloria y por otra la felicidad de estas mismas criaturas.

Todos, todos, desde el Monarca, cuyos dominios sean más extensos, hasta el mendigo que se presenta a nuestro paso implorando una limosna, todos han de cumplir una tarea divina impuesta a cada uno de nosotros desde la mañana a la tarde bajo la forma de las múltiples acciones que llenan nuestros días y se pueden resumir en tres palabras: deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

Se nos ha dado un director íntimo, que es la propia conciencia, para que guíe nuestros pasos por la senda del deber, para que nos instruya, advierta, reprenda si es necesario. ¡Dichoso el que sea dócil en escuchar su voz! Eres colérico y altivo? Reprime enérgicamente tus movimientos impetuosos, domina esta vivacidad, detén esta palabra picante, eleva tu corazón a Dios y que tu oído y todo tu ser permanezca como en acecho para reconocer lo que de él quiere Dios aquel día: en una palabra, para que conozcas tus deberes y los cumplas como digno hijo de Dios y verdadero Guardia de honor.

Los deberes que nos impongan serán acaso en oposición directa con nuestras inclinaciones, pero en la contradicción está el mérito y en el mérito la recompensa.

No hay corona sin victoria, ni victoria sin combate. No vacilemos, no retrocedamos jamás. Nos es muy agradable estar con oración al pie de los altares, pero si la familia nos reclama, volvamos prontamente a nuestra casa y nos encontraremos con Jesús que nos ha precedido. Estamos entretenidos en una lectura cuando nos llaman, cerremos el libro inmediatamente.

El juego nos cautiva, pero ha sonado la hora en que lo debemos interrumpir, no lo prolonguemos un instante. Nos es simpática una persona y otra nos repugna, tratémosla con el mismo afecto.

Toda nuestra vida es una cadena de deberes a cual más costosas: no vacilemos; Dios ha pesado nuestra carga antes de imponérsola, ha medido nuestra aptitud, y sus gracias son proporcionadas a las dificultades de nuestro camino.



Repitamos estas palabras del Apóstol: Cuando me siento débil soy más fuerte¹. Todo lo puedo en Aquel que me conforta². Acordémonos que pasa el sacrificio y queda el mérito y que el labrador no siente la pena y sudores el día de la siega.

Durante esta semana nos penetraremos de este pensamiento y formaremos esta resolución cada mañana bajo la protección de María y en el día la repetiremos varias veces.

Dios mío, os prometo mediante vuestra gracia, hacer consistir hoy mi perfección en el cumplimiento de mis deberes para con Vos, con el prójimo y sobre todo en la fidelidad a los deberes de mi estado por más que sean humildes, costosos y repugnantes a mi naturaleza.

¡Qué espectáculo tan magnífico presenta un cristiano que, constante en esta fidelidad, plenamente sometido a las órdenes de Dios, cumple con amor en su divina presencia de minuto en minuto su santísima voluntad sobre la tierra, como los ángeles y los santos en el cielo!

Pues este espectáculo le debe dar incesantemente el Corazón de Jesús un vigilante soldado de su Guardia de Honor.

¹ *Cum enim infirmor tunc potens sum. II Cor. XII, 10.*

² *Omnia possum in eo qui me confortat. Philip. IV, 13.*



SEGUNDA SEMANA

BAJO LA PROTECCIÓN
DE

SANTA CASILDA

VIRGEN

(Fiesta el 9 de abril)

El espíritu de fe.

LA fe es un *don* de Dios, una luz divina venida de lo alto, es también una *virtud* sobrenatural que se acrecienta con nuestra laboriosa cooperación: es la base, es fundamento de nuestra santa religión y el alimento de toda vida sólidamente cristiana. “El justo vive de la fe”³, dice la Sagrada Escritura.

La fe es este *gran sentimiento* cristiano que eleva nuestro espíritu a un orden sobrenatural que hace que veamos las personas y cosas del mismo modo que Dios las ve y juzga. Ella es el peso del santuario, la medida equitativa, la verdad pura, la fuente de toda justicia y el sello de la santidad.

Añadamos, en fin, que la *fe* es esta divina antorcha encendida en nuestra alma, en el día del santo bautismo, a cuya luz debemos caminar si queremos llegar seguramente a nuestra celestial patria.

La Divina Providencia nos ofrece tres luminas magníficos para que veamos aquí abajo: *el astro del día* que alumbra nuestro cuerpo, *la razón* que ilumina nuestra inteligencia y la fe que con sus resplandores inunda nuestra alma.

Así como privados de los rayos del sol andaríamos errantes en la región de las tinieblas y despojados de nuestra razón, nos haríamos incapaces del trato con nuestros semejantes, del mismo modo, si en nuestra alma no arde la antorcha de la fe, estará ciega, e incapaz de conocer y servir a sus más queridos intereses.

Ay! Cuán pocos cristianos viven de esta hermosa vida de fe. Se van oscureciendo los resplandores de este divino sol de las almas; por eso corre hacia los abismos nuestra sociedad, esta es la triste consecuencia de esta ceguera espiritual.

Pero cómo podremos evitar esta desgracia en lo que concierne a cada uno de nosotros? Apreciando en su inestimable valor el precioso don de la fe, pidiendo a Dios cada día que aumente nuestra fe reglando nuestros pensamientos, acciones y la vida entera, según los principios y las verdades de la fe.

Cada mañana, abriendo los ojos del cuerpo a la claridad del día, abramos también los del alma a las luces de la fe.

No nos aventuremos a emprender nuestras ocupaciones diarias sin tener en la mano nuestra celestial antorcha; porque juzgaremos ciegamente de todo llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno, envolviéndonos en mil abismos y tropezando en otros tantos escollos.

Qué diferencia tan inmensa existe entre el cristiano que vive de la fe y el hombre que se guía sólo por las luces de su razón! Si al primero le asalta la adversidad, mira a lo alto sometiéndose a la Providencia y

³ *Justus autem meus ex fide vivit. Heb. X, 38.*



repite estas palabras del santo Job: “Si hemos recibido los bienes de Dios, por qué no recibiremos también los males?”⁴. En medio de la prueba se conserva en paz. El otro se irrita, murmura, se queja de las causas secundarias y no hace más que acrecentar sus heridas en vez de calmarlas con resignación.

Un alma inspirada en los principios de la fe se pregunta antes de empezar cada uno de sus actos como lo hacía un santo joven, *¿de qué me servirá esto para la eternidad?* Y obra en consecuencia.

Sabe perfectamente que en los acontecimientos pequeños como en los grandes se oculta la mano Paternal de nuestro Dios disponiendo todas las cosas para el bien de sus elegidos con más ternura que lo haría una madre cariñosa trazando el programa de las ocupaciones diarias de su hijo único.

Así acepta con satisfacción de una manera filial, gozosa y plena todo lo que ordena o permite la amable Providencia. ¡Con qué alegría acoge todos los acontecimientos sabiendo descubrir en casa uno de ellos un mensajero de nuestro Padre Celestial encargado de traernos bajo duras apariencias un sinnúmero de riquezas sociales, naturales y secretas bendiciones!

Esta preciosa vida de la fe nos hace entrar en las realidades divinas, todo lo ilumina, todo lo explica, todo lo consuela y santifica. Nuestros menores actos, animados del espíritu de fe, se hacen tan meritorios como lo eran los de nuestra Inmaculada Madre, quien con una sola mirada regocijaba a la Santísima Trinidad, aumentaba sus méritos personales y acrecentaba su recompensa.

El fin a que dirigiremos nuestros esfuerzos en esta semana será a vivir en esta felicísima vida, recibirlo todo como venido de Dios, valernos de todo para ir a Dios, y según el consejo de San Francisco de Sales nos preguntaremos cuatro o cinco veces por la mañana y otras tantas por la tarde si *pensamos, hablamos y obramos* bajo el imperio de la fe. Con esto nos mostraremos verdaderos cristianos y trabajaremos eficazmente en nuestra perfección.

El noble título de Guardias de Honor nos permite nos detengamos ante este ideal.

⁴ *Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus? Job, II, 10.*



TERCERA SEMANA

BAJO LA PROTECCIÓN
DE

SAN MARCOS

EVANGELISTA

(Fiesta el 15 de abril)

El trabajo.

HEMOS establecido claramente esta verdad: el cristiano es un aguerrido combatiente que lucha para conquistar el cielo. ¿Y cuál deberá ser la primera maniobra en que debe ejercitarse? ¡Oh! Sin duda alguna es el trabajo aceptado y practicado cristianamente. Antes de la culpa, el trabajo era una ley natural y divina que se le impuso al hombre aún en el Paraíso: una ley natural porque el hombre es esencialmente un ser activo: una ley divina porque Dios expresó claramente su orden: *Ut operaretur*.

Vino a ser una ley de expiación cuando Dios dijo a nuestro primer padre después de su prevaricación: “Comerás tu pan con el sudor de tu rostro”⁵.

El trabajo se impuso a toda criatura bajo diversa formas, pero de tal suerte inevitables, que al perezoso se le califica como un ser indigno de la vida y que sólo merece el menosprecio.

El trabajo, tan opuesto a nuestra apatía natural, a nuestro amor por las comodidades y el descanso, exige que nuestra voluntad continuos esfuerzos y una abnegación incesante que le hace sea uno de los medios de expiación, reparación y al mismo tiempo para hacer progresar a nuestras almas por el camino de la santificación.

Para entregarnos a él eficaz y santamente nos pondremos frente a Nuestro Señor Jesucristo, nuestro adorable modelo, quien en la mayor parte de su vida mortal empleó sus fuerzas y concentró su energía en ejercer el oscuro oficio de un artesano.

Preguntémonos con qué perfección interior y exterior se entregaría al trabajo, y aprendamos con su ejemplo a sobrenaturalizar nuestros actos menores por la fuerza de intención con el deseo de agradar a Dios y de cumplir con su santísima voluntad.

De esta suerte a ocupación más vulgar viene a ser una *mina de oro* para el alma fiel. Cuidemos de explotarla y así aumentaremos nuestro tesoro en el cielo. ¡Qué diferencia entre un alma que ha trabajado todo el día por un móvil puramente humano y otra que ha hecho lo mismo por un motivo de fe, por amor de Dios y sumisión a su santísima voluntad!

⁵ *In sudore vultus tui vesceris pane. Gen, II, 19.*



Los apóstoles decían a nuestro Señor: “hemos trabajado toda la noche sin recoger nada”. Pero habían trabajado solos. “Arrojad de nuevo la red⁶”, les respondió Jesús y casi se rompió al sacarla por la abundancia de la pesca.

Esto hace nuestro Señor presente en nuestros trabajos, los bendice y fecundiza. Él inspira y dirige nuestros esfuerzos, fortifica nuestro valor, reanima nuestra dejadez y la ennoblece haciendo meritorio el empleo más despreciable a los ojos de las criaturas.

La inquebrantable resolución de los fieles y devotos Guardias de Honor será aceptar la tarea laboriosa, ofreciendo cada mañana proseguirla y acabarla en unión con Jesús y al contacto de su Corazón.

⁶ *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus... laxate retia. Luc. V, 4 et 5.*



CUARTA SEMANA

BAJO LA PROTECCIÓN
DE

STO. TORIBIO DE MOGROVEJO

ARZOBISPO

(Fiesta el 27 de abril)

La generosidad.

TODO corazón noble es esencialmente generoso, él da y se da a sí mismo a ejemplo de nuestro dulcísimo Salvador que se entregó a su querida criatura humana y eso tan absoluta, tan totalmente, que no se reservó nada de sí mismo. Su tiempo, sus fuerzas, su celo, su amor, su vida, todo nos lo dio.

Después de acabar su vida mortal, halló el secreto de entregarse aún dándonos su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en la adorable Eucaristía.

Sería posible que en el seguimiento de tal maestro, al contacto de un tan noble y generoso Corazón, marchasen almas cobardes y pusilánimes? No, no; se detendrían al momento.

No será así entre sus amigos, sus celosos Guardias de Honor, en donde Jesús encontrará a “esos tímidos soldados que doblan la rodilla para apagar la sed en el río de los goces de la vida en lugar de adiestrarse para el combate”.

El verdadero Guardia de Honor tiene corazón valiente, es intrépido y jamás bebe del agua del torrente sino en el hueco de la mano, mostrándose así digno de combatir bajo las órdenes del divino Gedeón, Nuestro Señor Jesucristo, el Rey inmortal de los siglos.

¡Qué bella vocación es la nuestra amados Asociados! Ella nos llama al combate, nos conduce a la victoria, nos asegura una corona imperecedera, si correspondemos generosamente a la elección nos asocia “a los sesenta valientes de entre los fuertes de Israel, escogidos para rodear el lecho del pacífico Salomón”⁷

Atrás, pues, los cobardes y los tímidos! Que salgan de nuestras filas, nosotros queremos vencer, y si es menester morir en el puesto del deber y del honor.

Pero en qué y cómo los consoladores de Jesús, sus amigos fieles, deben desplegar este valor del que acabamos de hablar, sino en el combate perpetuo que sostiene todo hombre viviendo en la tierra y encaminándose hacia la eterna Patria?

Es preciso de toda necesidad para no ser vencido combatir sin tregua *dentro de su, alrededor de si* y algunas veces luchar con el mismo Dios, como lo hizo en otro tiempo el patriarca Jacob.

Dentro de nosotros mismos ¡cuántos enemigos pérfidos, halagüeños, insidiosos de los cuales es menester deshacerse valerosamente! ¡cuántas serpientes venenosas encerradas en nuestro propio seno! Pasiones nacientes, malos apetitos, defectos, vicios de toda clase tendiendo a degradarnos y que es menester exterminar sin piedad! Cuesta mucho desenvainar la espada contra su propia carne, pero un corazón generoso y valiente no titubeará.

⁷ *En lectulum Salomonis sexaginta ambiunt ex fortissimis Israel. Cant., III, 7.*



Yo quiero permanecer siempre puro, irreprochable a los ojos del Señor, dirá él, y para eso “mataré todas estas pequeñas zorras que devastarían la viña de mi alma⁸”. “Sé hombre. *Esto vir*⁹”. “Si; yo imitaré al hombre verdadero perfecto, Jesucristo mi divino modelo. ¿No ha dicho él: “Sed santos porque yo soy Santo?”¹⁰”.

Fuera y alrededor de nosotros cuantas ocasiones de desplegar este valor espiritual al cual es llamado el Guardia de Honor. El mundo y sus mil seducciones, el atractivo y alicientes de los malos ejemplos, la fascinación que ejercen, el lujo, los placeres, el bienestar, los goces materiales se ofrecen a nosotros bajo todas las formas.

¡Qué tentación universal! ¡Y cuán numerosos son los que sucumben a ellos!

Los primeros cristianos tenían que luchar contra la crueldad de los verdugos y horros de los suplicios para conservar su fe y su virtud. Los cristianos de nuestros días tienen que desprenderse de ligaduras tejidos de flores, rechazar embriagadoras copas, huir de las mil sirenas que con sus voces seductoras pueden encantarnos... ¡cuánta energía no les es necesaria! En fin, y sobre todo, es precioso que el Guardia de Honor se muestre generoso hacia el Señor, su Dios respondiendo a todos sus llamamientos, siguiendo todas las insinuaciones de su gracia, correspondiendo a todos sus designios, sosteniendo todas las pruebas que le vengan de parte de su divino Padre.

Ante los designios y voluntad del Soberano dueño un corazón valiente no degenerará jamás.

Hay, sin embargo, un grado más elevado todavía. Es el de llevar, sin desmayo las ausencias del Señor, de desempeñar exactamente su deber, sin que una mirada del Maestro venga a alentarnos in una de sus palabras a aplaudirnos. Es permanecer fiel y resignado en la oscuridad, las sequedades, los disgustos, la privación de todo consuelo sensible y bajo el golpe de las disposiciones más dolorosas y mortificantes. Ahí es donde sobresale la virtud y a donde solamente un corazón generoso puede llegar.

Eamus, dirá él como su buen maestro en el jardín de las Olivas: ¡Levantémonos y vamos! Y se levanta y va y lucha y sufre y... muere; pero también recibe la corona, conquista este hermoso Cielo que no se da más que a los victoriosos, que es menester ganar por asalto y que será la herencia, así lo esperamos de todos aquellos soldados de Cristo que llevan dignamente el hermoso título de GUARDIA DE HONOR del Sagrado Corazón.

⁸ *Capite nobis vulpes párvulas que demoliuntur vineas. Cant. II, 15.*

⁹ *III Reg. II, 2*

¹⁰ *Sancti estatem quia ego sanctus sum. Lev XI, 44.*



RETIRO DEL MES

El abandono en la Divina Providencia

SI en todo este tiempo fue necesaria la práctica de esta virtud, nadie durará que lo es singularmente en los desgraciados días por que atravesamos.

Todo bambolea así en la sociedad como en la familia, porque la base esencial sobre la que todo descansa, está minada hasta en sus fundamentos.

Todo tiene su origen en un Dios Creador que también debe ser el medio y el fin de todo.

Más a este Dios es necesario sin el que nada subsiste, tanto en el orden moral como en el físico, se le ha desterrado de la familia y proscrito de la sociedad. De este desorden resulta una desorganización profunda, signo precursor de un espantoso cataclismo... y cada uno tiembla.

¿Adónde vamos? Que es lo que nos espera?...

A esta cuestión discutida universalmente y que nadie ha podido resolver, el Corazón de Jesús responde: "Abandonaos a mi Providencia". Pero, que es esta Providencia? Es un acto por el que Dios, después de haber criado el universo, sostiene, gobierna y conserva todos los seres saludos de sus manos. Para definir mejor la Providencia, sería preciso conocer las profundidades de Corazón de un Dios, las delicadezas infinitas de su amor, el celoso cuidado con que se rodea a su criatura y la vigilancia más que maternal de que la cubre, disponiendo todas las cosas con fuerza y suavidad para su conservación y felicidad.

Quien hubiese sondeado los tesoros de cariño que encierra una madre, pálido reflejo del Corazón de Dios, comprenderá algún tanto los tesoros que encierra y dispensa a manos llenas la Providencia de nuestro Padre Celestial.

Nuestro Amante Salvador para darnos a entender este misterio de amor desciende a una tierna comparación. "Como la gallina cobija sus polluelos bajo sus alas, así cuida el Señor de los que ama¹¹. Y añade que nos lleva escritos en sus manos, "y que podía olvidar una madre a su hijo, pero Él no nos abandonará jamás¹²".

Este Deífico Corazón multiplica las invitaciones a su confianza en su santo Evangelio. Ved, dice, como los pájaros del cielo ni siembran ni siegan¹³ y nada les falta porque la Providencia vela sobre ellos y los alimenta. Así no digáis ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos? Porque mi Padre celestial sabe que necesitáis de todas estas cosas¹⁴".

En fin, Nuestro Señor llegó hasta afirmar que ni un cabello de la cabeza cae sin su voluntad¹⁵. Pero el corazón del hombre por naturaleza egoísta, ingrato y desconfiado, repugna darse a este filial abandono, anda perplejo buscando seguridad antes de entregarse a su Dios y confiar todas sus cosas a su maternal amor.

No será esta la conducta de los verdaderos Guardia de Honor. Bien convencidos de que Dios todo lo dispone para nuestro mayor bien, que sus paternas miradas están siempre fijas sobre su más humilde criatura y que nada sucede, sin su consentimiento, nos abandonaremos a la Divina Providencia con la confianza de un niño en los brazos de su madre.

Así nos desembarazaremos de muchas inquietudes para dormir en paz sobre el seno del Señor.

Por ejemplo, sobreviene una complicación en nuestra vida, nos preocupa un negocio grave, peligra el porvenir de los que amamos, se altera nuestra salud, disminuyen nuestros recursos, somos sorprendidos por una tempestad, nos veos impotentes para sostenernos en una situación difícil, en venter los mil obstáculos que abundan en toda existenciam etc., hemos agotado todos nuestros esfuerzos e industrias inútilmente pero

¹¹ *Quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas. Matth. XXIII*

¹² *Et si illa (mater) oblita fuerit ego tamen, non obliviscar tui. Is. XLIX, 15*

¹³ *Respicite valatilia coeli, quoniam non serunt neque metunt. Matth, VI, 26*

¹⁴ *Matth, VI, 31 et 32.*

¹⁵ *Et capillus de capite vestro non peribil. Luc. XXI, 18.*



nos queda el supremo recurso de arrojarnos en los brazos del Salvador, confiarle nuestros intereses y esperar los resortes ocultos, pero todopoderosos de su Divina Providencia.

No temamos. Él no se retirará para dejarnos caer.

No podremos comprender cuanto se gloria Dios con la confianza que testificamos en este total abandono.

Nuestro Señor dijo a Santa Gertrudis estas palabras: “Yo no gozaría de la felicidad del cielo si me fuera imposible socorrer a un alma que se abandona enteramente a mi amor”.

En grandes acontecimientos así como en los menores detalles de la vida, practicaremos, queridos Asociados, este recurso a la dulce Providencia.

Puede ser no pase un día en el que no tengamos que invocar a Dios y contar con su socorro diez o veinte veces.

Haciéndolo así experimentaremos la verdad de esta máxima que la B. Margarita María Alacoque, tan experimentada en la ciencia del total abandono, solía repetir a sus fieles discípulas: “El corazón mejor guardado es el que más se abandona al Corazón de Jesús”.